

XIV

Revelación

Bálsamo cerró la puerta tras de sí, y presentándose en el umbral en el momento en que Felipe contemplaba á su hermana con un terror mezclado de curiosidad, le preguntó :

— ¿ Estáis ya dispuesto, caballero ?

— Sí, sí, lo estoy, respondió Felipe con voz trémula y balbuciente.

— ¿ Conque podemos principiar á interrogar á vuestra hermana ?

— Como gustéis, dijo Felipe tratando de desprenderse con su respiración del peso que abrumaba su pecho.

— Pero ante todo, dijo Bálsamo, mirad á vuestra hermana.

— Ya la miro, caballero.

— Creéis firmemente que está durmiendo, ¿ no es verdad ?

— Sí.

— ¿ Y que por consiguiente no tiene el menor conocimiento de lo que aquí está pasando ?

Felipe no respondió, y solo hizo un gesto de duda.

Entonces Bálsamo se dirigió al fogón, encendió una bujía y la acercó á los ojos de Andrea, sin que la llama la hiciese bajar los párpados.

— Sí, sí, es visible que está durmiendo, dijo

Felipe; pero ¡ Dios mío, qué sueño tan extraño !

— Pues bien; voy á interrogarla, prosiguió Bálsamo ó más bien, interrogadla vos mismo, caballero, puesto que habéis manifestado recelos de que yo hiciese á vuestra hermana alguna pregunta indiscreta.

— Pero ¿ yo le he hablado, la he tocado en este momento, y no ha dado señales de oirme, ni de que me sentía siquiera.

— Es porque no estabais en relación con ella; voy pues á ponerlos.

Y Bálsamo cogió la mano de Felipe y la puso en la de Andrea.

Al punto se sonrió la joven y murmuró :

— ¡ Ah ! ¿ eres tú, querido hermano ?

— Ya veis, dijo Bálsamo, como ahora os reconoce.

— Sí, ¿ qué cosa tan extraña !

— Preguntadle, y ella os responderá.

— Pero si no se acordaba estando despierta, ¿ ha de acordarse estando dormida ?

— Ese es un misterio de la ciencia.

Y exhalando un suspiro, Bálsamo fué á sentarse en un sillón que estaba en un rincón del cuarto.

Felipe permanecía inmóvil, con su mano en la de Andrea, sin saber cómo principiar sus preguntas, cuyo resultado debía ser para él la certidumbre de su deshonor y la revelación de un culpable, á quien tal vez no podría dirigirse su venganza.

En cuanto á Andrea, se hallaba en una calma próxima al éxtasis, y su fisonomía indicaba más bien quietud que ningún otro sentimiento.

Aunque estremeeciéndose, obedeció Felipe á la ojeada expresiva con que Bálsamo le decía que se preparase.

Pero á medida que pensaba en su desgracia y que su rostro se iba oscureciendo, el de Andrea se cubría de una nube, y ella fué la que dió principio diciendo :

— Sí, tienes razón, hermano, es una gran desgracia para la familia.

Andrea traducía de ese modo el pensamiento que leía en la mente de su hermano.

Felipe, que no esperaba aquel comienzo, se estremeció.

— ¿Qué desgracia? preguntó ¡sin saber demasiado lo que decía.

— ¡Ah! bien lo sabes tú, hermano mío.

— Forzadla á que hable, caballero, y hablará.

— ¿Y cómo la puedo forzar?

— Queriendo que hable.

Felipe miró á su hermana formulando una voluntad interior.

Andrea se ruborizó.

— ¡Oh! exclamó la joven; ¡qué mal haces, Felipe, en creer que Andrea te ha engañado!

— ¿Conque no amas á nadie? preguntó Felipe.

— Á nadie.

— ¿Entonces no es á un cómplice sino á un culpable al que tengo que castigar?

— No te entiendo, hermano mío.

Felipe miró á Bálamo como pidiéndole consejo

— Apuradla, dijo Bálamo.

— ¿Que la apure?

— Sí, preguntándole francamente.

— ¿Sin respetar el pudor de esta niña?

— Sí, no tengáis cuidado, que cuando despierte no se acordará de nada.

— ¿Pero podrá responder á mis preguntas?

— ¿Veis bien? preguntó Bálamo á Andrea.

Andrea se estremeció al oír el metal de aquella voz, y volvió sus ojos sin brillo hacia el sitio donde estaba Bálamo.

— No tan bien, respondió, como si fueseis vos mismo quien me preguntase; sin embargo veo.

— Pues bien, dijo Felipe, si ves, hermana mía, cuéntame todos los pormenores de lo que sucedió la noche de tu desmayo.

— ¿No principiáis, caballero, por la noche del 31 de mayo? Me parece que vuestras sospechas databan de esa fecha, y ha llegado el momento de que se aclare todo á un mismo tiempo.

— No, caballero, respondió Felipe, es inútil, pues desde hace un instante creo en vuestra palabra. El que dispone de un poder como el vuestro, no lo emplea para lograr un objeto vulgar. Hermana mía, repitió Felipe, cuéntame todo lo que pasó en la noche de tu desmayo.

— No me acuerdo, dijo Andrea.

— ¿Lo oís, señor conde?

— Es preciso que se acuerde y que hable; mandádselo pues.

— ¿Pero si estaba dormida?

— El alma velaba.

Entonces se levantó, extendió la mano hacia Andrea, y frunciendo el entrecejo, lo cual demostraba en él un aumento de voluntad y acción, dijo:

— Acordaos, yo lo quiero.

— Ya me acuerdo, dijo Andrea.

— ¡Oh! exclamó Felipe enjugándose la frente.

— ¿Qué queréis saber?

— Todo.

— ¿Desde qué momento?

— Desde el momento en que os acostasteis

— ¿Os veis á vos misma? preguntó Bálamo.

— Sí, me veo; tengo en la mano el vaso preparado por Nicole... ¡Oh! Dios mío!...

— ¿Qué? ¿qué hay?

- ¡ Oh ! qué pícara !
 — Habla, hermana mía, habla.
 — Este vaso contiene un brebaje preparado, y si bebo me pierdo.
 — ¡ Un brebaje ! exclamó Felipe. ¿ Con qué objeto ?
 — ¡ Espera, espera !
 — Primero lo del brebaje.
 — Iba á llevármelo á los labios ; pero en aquel momento.....
 — ¿ Qué ?
 — El conde me llamó.
 — ¿ Qué conde ?
 — El, dijo Andrea extendiendo la mano hacia Bál-samo.
 — ¿ Y entonces ?
 — Entonces solté el vaso y me dormí.
 — ¿ Y qué mas, qué mas ? preguntó Felipe.
 — Me levanté, y fui á reunirme con él.
 — ¿ Dónde estaba el conde ?
 — Bajo los tilos, frente á mi ventana.
 — ¿ Y el conde no ha entrado nunca en tu cuarto, hermana ?
 — Nunca.
 Bál-samo dirigió á Felipe una mirada que quería decir :
 — ¿ Veis como no os engañaba, caballero ?
 — ¿ Y dices que fuiste á reunirme con el conde ?
 — Sí, porque cuando me llama le obedezco.
 — ¿ Y qué te quería el conde ?
 Andrea titubeó.
 — ¡ Hablad, hablad ! exclamó Bál-samo, pues haré por no oiros.
 Y volvió á caer en su sillón, sepultando la cabeza entre las manos, como para impedir que llegase hasta él el ruido de las palabras de Andrea.

- Dí, ¿ qué te quería el conde ? repitió Felipe.
 — Preguntarme.....
 Y se paró de nuevo, de suerte que cualquiera hubiera dicho temía desgarrar el corazón del conde.
 — Continúa, hermana, continúa, dijo Felipe.
 — Por una persona que se había escapado de su casa, y que (Andrea bajó la voz) después ha muerto.
 Por muy bajo que Andrea pronunció estas palabras, Bál-samo las oyó ó las adivinó, pues lanzó un gemido melancólico.
 Felipe se detuvo, y durante un momento reinó el silencio más profundo.
 — Continúad, continuad, dijo Bál-samo; vuestro hermano lo quiere saber todo, señorita, y es preciso que lo sepa. ¿ Qué hizo ese hombre después que adquirió las noticias que deseaba ?
 — Se fué, dijo Andrea.
 — ¿ Dejándote en el jardín ? preguntó Felipe.
 — Sí.
 — ¿ Y qué hiciste entonces ?
 — Como se alejaba de mí, y con él huía la fuerza que me sostenía, caí al suelo.
 — ¿ Desmayada ?
 — No, dormida; pero con un sueño tan pesado como el plomo.
 — ¿ Podrás acordarte de lo que te sucedió durante ese sueño ?
 — Procuraré acordarme.
 — Pues bien, dí lo que te sucedió.
 — Un hombre salió de un bosquecillo, me cogió en brazos y me condujo.
 — ¿ Á dónde ?
 — Aquí á mi cuarto.
 — ¡ Ah !... ¿ y ves á ese hombre ?
 — Espera... sí, sí... ¡ Oh ! continuó Andrea ha-

ciendo un gesto de disgusto é incomodidad; ¡ Gilberto había de ser !

— ¿ Gilberto ?

— Sí.

— ¿ Y qué hizo ?

— Me colocó en este sofá.

— ¿ Y después ?

— Aguarda.

— Ved, ved, dijo Bálamo, quiero que veáis.

— Se pone á escuchar... va al otro cuarto... retrocede asustado, y entra en el gabinete de Nicole... ¡ Dios mío ! ¡ Dios mío !

— ¿ Qué es eso ?

— Un hombre le sigue; y yo que no puedo levantarme, ni defenderme ni gritar ¡ dormida como estoy !

— ¿ Quién ese hombre ?

— ¡ Hermano mío ! hermano !

Y el rostro de Andrea expresó el más profundo dolor.

— Decid quién es ese hombre, exclamó Bálamo, yo os lo mando.

— El rey, murmuró Andrea, el rey.

Felipe se estremeció.

— ¡ Ah ! murmuró Bálamo, lo sospechaba.

— Se acerca á mí, siguió diciendo Andrea, me habla, me coge en brazos y me abraza. ¡ Oh ! hermano ! hermano !

Gruesas lágrimas se desprendieron de los ojos de Felipe, mientras su mano apretaba el puño de la espada que le había dado Bálamo.

— ¡ Hablad, hablad, continuó el conde con tono cada vez más imperativo.

— ¡ Oh ! qué felicidad ! Se turba... se detiene... me mira... tiene miedo... huye... ¡ Andrea se salva !

Felipe aspiraba, jadeando, cada una de las palabras que salían de la boca de su hermana.

— ¡ Se salva ! Andrea se salva ! repitió maquinalmente.

— ¡ Espera, hermano, espera !

Y como si tratara de apoyarse, buscaba la joven el brazo de Felipe.

— ¿ Qué mas, qué mas ? preguntó Felipe.

— Se me había olvidado.....

— ¿ Qué ?

— Allí, allí en el gabinete de Nicole, con una navaja en la mano.

— ¿ Con una navaja en la mano ?

— Lo estoy viendo, está pálido como un difunto.

— ¿ Quién ?

— Gilberto.

Felipe contenía la respiración.

— Sigue al rey, prosiguió Andrea, cierra la puerta tras sí, apaga con el pie la bujía que está ardiendo sobre la alfombra, y se adelanta hacia mí... ¡ oh !

La joven se enderezó en los brazos de su hermano, y todos los músculos de su cuerpo se pusieron tan tirantes que parecían próximos á romperse.

— ¡ Oh ! ¡ qué miserable ! dijo al fin.

Y volvió á caer sin fuerzas.

— ¡ Dios mío ! exclamó Felipe no atreviéndose á interrumpirla.

— ¡ Él es ! ¡ él es ! murmuró la joven.

Luego, enderezándose hasta llegar al oído de su hermano, con ojos centellantes y mano trémula, añadió :

— ¡ Le matarás ! ¡ no es verdad, Felipe ?

— ¡ Ah ! sí ! exclamó el joven dando un brinco.

Y tropezó con un velador que estaba detrás de él

con varias piezas de porcelana que echó por tierra, haciéndolas pedazos.

Al ruido de aquella caída se mezcló otro ruido sordo y una conmoción repentina de las tablas del tabique, luego un grito de Andrea que lo dominó todo.

— ¿Qué es eso? preguntó Bálamo. Se ha abierto la puerta.

— ¿Nos estaban escuchando? dijo Felipe desnudando la espada.

— Era él, dijo Andrea; sí, era él.

— ¿Pero quién es él?

— ¡Gilberto! siempre Gilberto! ¡Ah! ¡le matarás, Felipe? ¿no es verdad que le matarás?

— ¡Oh! sí, sí, sí! exclamó el joven.

Y se lanzó á la antesala con espada en mano, mientras que Andrea volvió á caer sobre el sofá.

Bálamo corrió tras el joven y lo sujetó por el brazo diciéndole:

— ¡Mirad, caballero, que lo que ahora es un secreto se hará público! es de día, y en los palacios reales el eco resuena mucho.

— ¡Oh! Gilberto, Gilberto! murmuraba Felipe; y estaba ahí oculto y nos escuchaba, y podía yo matarle! ¡Oh! el cielo aniquile á ese miserable!

— ¡Sí, pero silencio! que ya volveréis á encontrar á ese joven; de quien debéis ocuparos, caballero, es de vuestra hermana, pues ya veis que empieza á fatigarse de tantas emociones.

— ¡Oh! sí, comprendo lo que debe sufrir por lo que yo mismo sufro; ¡es tan espantosa y tiene tan poco remedio esta desgracia! ¡oh, caballero, caballero, me costará la vida!

— Al contrario, viviréis para vuestra hermana, porque no tiene á nadie más que á vos, y os necesita. Amadla, compadeceadla y protegela. Y ahora, conti-

nuó después de algunos minutos de silencio, ya no tenéis necesidad de mi, ¿no es verdad?

— No, caballero; perdonadme mis sospechas, y también mis ofensas; aunque en realidad todo el daño proviene de vos.

— No trato de disculparme, caballero, pero olvidáis lo que ha dicho vuestra hermana...

— ¿Qué ha dicho? porque tengo la cabeza trastornada.

— Que si yo no hubiese llegado, hubiera bebido el brebaje preparado por Nicole, y entonces hubiera sido el rey, ¿os hubiera parecido menor la desgracia?

— No, caballero, siempre hubiera sido igual, y veo bien que estábamos condenados á esta desgracia. Tened á bien despertar á mi hermana.

— No, porque me vería y tal vez comprendería lo que acaba de pasar; más vale que la despierta del mismo modo que la he adormecido, desde lejos.

— ¡Gracias, gracias!

— Adiós, pues, caballero.

— Una palabra, conde. ¿Supongo que seréis hombre de honor?

— ¡Oh! ¿queréis decir que guarde secreto?

— Conde...

— Es una recomendación inútil, en primer lugar porque soy un caballero, y en segundo, porque decidido como estoy á no tener nada de común con los hombres, voy á olvidarlos y á no cuidarme de sus secretos. No obstante, contad conmigo si alguna vez puedo seros útil... Pero no, no; ya no soy útil para nada; nada valgo ya en el mundo. Adiós, señor de Taverney, adiós.

E inclinándose ante Felipe, Bálamo miró otra vez á Andrea, que tenía la cabeza echada hacia atrás con todos los síntomas del dolor y del cansancio.

— ¡ Oh, ciencia, murmuró, cuántas víctimas para conseguir un resultado sin valor !

Y desapareció.

Á medida que se alejaba, fué reanimándose Andrea, quien levantó su pesada cabeza como si fuera de plomo, y mirando á su hermano con ojos de asombro :

— ¡ Oh ! Felipe, murmuró, ¿ qué es lo que acaba de pasar ?

Felipe comprimió los sollozos que le ahogaban, y sonriéndose con heroísmo :

— Nada, hermana, dijo.

— ¿ Nada ?

— Sí.

— ¡ Y sin embargo, me parece que he estado delirando, que he soñado !

— ¡ Soñado ! ¿ y que has soñado, querida Andrea ?

— ¡ Oh ! he soñado con el doctor Luis, hermano, ¡ con el doctor Luis !

— Andrea, exclamó Felipe estrechándole la mano, eres tan pura como la luz del día ; pero todo te acusa, todo te pierde, y sobre los dos ha caído un secreto terrible. Voy en busca del doctor Luis para que diga á la señora Delfina que estás atacada de ese mal inexorable que se apodera del que vive lejos de su patria, y que sólo puedes curarte residiendo en Taverney. En seguida marcharemos, ora al mismo Taverney, ora á cualquier otro sitio del mundo, y aislados allí los dos, nos querremos y nos consolaremos mutuamente.

— Sin embargo, hermano, dijo Andrea, puesto que soy tan pura como dices...

— Querida Andrea, ya te explicaré todo lo que hay ; entretanto prepárate para marchar.

— Pero ¿ y papá ?

— ¿ Mi padre ? dijo Felipe con aire sombrío, eso es cosa mía, ya le prepararé.

— ¿ Es decir que nos acompañará ?

— ¿ Quién, mi padre ? ¡ oh ! es imposible ! absolutamente imposible ! Nosotros dos solos, Andrea ; ya te he dicho que nosotros dos solos.

— ¡ Oh ! ¡ cómo me asustas, amigo mío ! cómo me espantas, hermano mío ! cuánto sufro, Felipe !

— Dios está al cabo de todo, Andrea, dijo el joven, por consiguiente, ten ánimo ; yo corro en busca del doctor ; en cuanto á ti, Andrea, ya sabes que estás mala por el sentimiento que te causa el haber dejado á Taverney, sentimiento que ocultabas á la señora Delfina. Vamos, vamos, sé fuerte, hermana mía, porque va en ello nuestra honra.

Y Felipe se apresuró á abrazar á su hermana, porque estaba sofocado.

En seguida recogió la espada que había dejado caer, la metió en la vaina con mano trémula, y se lanzó á la escalera.

Un cuarto de hora después llamaba á la puerta del doctor Luis, que vivía en Versalles todo el tiempo que la corte residía en Trianon.

El jardín del doctor Luis

El doctor Luis, á cuya puerta hemos dejado á Felipe, se estaba paseando en un jardinito encerrado entre cuatro paredes elevadas y que formaba parte de las dependencias de un antiguo convento de Ursulinas, transformado en un almacén de forraje para los señores dragones de la casa real.

Sin dejar de andar, el doctor Luis leía las pruebas de una nueva obra que estaba publicando, y se bajaba de vez en cuando para arrancar de la calle de árboles en que se paseaba, ó de los acirates que se extendían á derecha é izquierda, las malas hierbas cuya vista chocaba á su instinto de orden y simetría.

La casa del doctor corría á cargo de una sola criada algo huraña, como toda criada de un hombre laborioso que no quiere que le incomoden en sus trabajos.

Al ruido que hizo el aldabón de bronce bajo la mano de Felipe, acercóse á la puerta la criada, y la entreabrió.

Pero en vez de parlamentar con la criada, el joven empujó la puerta y entró. Una vez en el portal, percibió el jardín, y en el jardín al doctor.

Entonces sin hacer caso de las alocuciones y los gritos de la vigilante guardiana, corrió hacia el jardín.

Al oír pasos, el doctor alzó la cabeza, y dijo:

— ¡ Ah ! ah ! ¿ sois vos ?

— Perdonadme, doctor, el que haya forzado de este modo vuestra puerta y venga á turbar vuestra soledad, pues ha llegado el momento que habéis previsto; tengo necesidad de vuestro auxilio, y vengo á reclamároslo.

— Os lo he prometido, caballero, y os lo prometo de nuevo.

Felipe se inclinó, demasiado conmovido para entablar él la conversación.

El doctor Luis comprendió su perplejidad, é inquieto por la pálidez de Felipe y temiendo alguna catástrofe por desenlace de aquel drama, dijo:

— ¿ Cómo se halla la enferma ?

— Muy bien, á Dios gracias, doctor, y mi hermana es una joven tan digna y tan honrada, que verdaderamente no sería justo Dios si le enviase dolores y peligros.

El doctor miró á Felipe como para interrogarle, pues sus palabras le parecían una continuación de las negativas de la víspera, y dijo:

— ¿ Entonces ha sido víctima de alguna sorpresa ó de algún lazo ?

— Sí, doctor, ¡ ha sido víctima de una sorpresa inaudita, de un lazo infame !

El doctor juntó las manos y alzó los ojos al cielo, exclamando:

— ¡ Ah ! en cuanto á eso, vivimos en un tiempo horrible, y creo que es urgente nazcan á su vez los médicos de las naciones, como han nacido hace largo tiempo los de los individuos.

— Sí, dijo Felipe, sí, que vengan, pues nadie los verá venir con más alegría que yo; pero entretanto..... Y Felipe hizo un gesto de sombría amenaza.

— ¡ Ah ! ya veo, caballero, dijo el doctor, que sois

de esos hombres que cifran la reparación del crimen en la violencia y en la muerte.

— Sí, doctor, respondió Felipe tranquilamente, soy de esos hombres.

— ¡ Un duelo ! dijo suspirando el doctor, ¡ un duelo que no devolverá la honra á vuestra hermana, caso que matéis al culpable, y que la sumirá en la desesperación si él os mata ! ¡ Ah ! caballero, os creía hombre de sana razón y de un corazón inteligente, y me parecía haberos oído expresar el deseo de que se guardase secreto sobre este asunto.

Felipe apoyó su mano en el brazo del doctor y le dijo :

— Caballero, os engañáis de un modo extraño acerca de mí ; tengo un raciocinio bastante firme, que nace de una convicción profunda y de una conciencia inmaculada ; quiero no hacerme justicia á mí mismo, sino castigar ; no quiero exponer á mi hermana al abandono y á la muerte haciendo que me maten, sino vengarla matando á un miserable.

— ¿ Y le mataréis siendo como sois caballero ? ¿ Cometeréis un asesinato ?

— Caballero, si le hubiera visto, diez minutos antes de haber cometido el crimen, penetrar como un ladrón en un aposento donde no tenía derecho para poner el pie por su misera condición, y le hubiese matado entonces, todos hubieran dicho que había hecho bien : ¿ por qué, pues, le he de perdonar ahora ? ¿ Es sagrado porque ha cometido el delito ?

— ¿ Es decir que habéis resuelto en vuestro ánimo el llevar á cabo ese proyecto fatal ?

— ¡ Estoy decidido, resuelto ! ¡ Algún día le encontraré ciertamente, por más que se esconda, y ese día, os lo digo, caballero, sin compasión ni remordimiento le mataré como se mata á un perro !

— Entonces, dijo el doctor Luis, cometeréis un crimen igual al que él ha cometido, ó más odioso quizá ; porque ¿ quién sabe hasta dónde una palabra imprudente, ó un gesto de coquetería que se escape á una mujer pueden excitar los deseos del hombre y sus vehementes inclinaciones ? ¿ Asesinar, cuando tenéis otros medios de reparación, cuando un casamiento.....

Felipe levantó la cabeza.

— ¿ Ignoráis, caballero, que los Taverney Casa-Roja descienden del tiempo de las Cruzadas, y que mi hermana es tan noble como una archiduquesa ó una infanta ?

— Sí, os entiendo, y el culpable no lo es : será un patán, un villano, como decís vosotros los hijos de noble raza. Sí, sí, continuó, sonriéndose con amargura, sí, es verdad ; Dios ha creado hombres de cierto barro inferior para que los maten otros de un barro más delicado. ¡ Oh ! sí, tenéis razón, caballero, matad, matad !

Y el doctor volvió la espalda á Felipe, poniéndose á arrancar las malas hierbas de su jardín.

Felipe se cruzó de brazos.

— Escuchadme, doctor, dijo, no se trata aquí de un seductor á quien una coqueta anima más ó menos ; no se trata de un hombre, en fin, provocado, como decíais, sino de un miserable criado en nuestra casa, y que después de haber comido por espacio de veinte años el pan de la compasión, abusando una noche de un sueño facticio, de un desmayo, de una muerte, por decirlo así, ha manchado traidora y bajamente á la mujer más santa y pura, á quien no se atrevía á mirar á la cara á la luz del día. En un tribunal de seguro sería sentenciado á muerte ese culpable : pues bien, yo lo juzgaré, yo, con tanta imparcialidad como un tribunal, y le mataré. Venidme ahora, doctor, vos, á

quien yo creía tan generoso como grande, venidme á proponer que os compre el servicio que espero de vos, ó á imponerme una condición. ¿ Procederéis al hacerme como los que procuran obligarse y quedar satisfechos obligando á otros? Si así sucede, doctor, vos no sois ese sabio á quien he admirado, sino un hombre ordinario, y á pesar del desdén que me manifestasteis hace poco, yo soy superior á vos; yo, que sin segunda intención he revelado todo mi secreto.

— ¿ Decís, contestó el doctor pensativo, que el criminal ha huído?

— Sí, doctor; sin duda adiviné la aclaración que iba á tener lugar, oyó que se le acusaba, y al instante emprendió la fuga.

— Bien, y ahora ¿ qué es lo que deseáis, caballero? preguntó el doctor.

— Que me prestéis vuestro auxilio para sacar á mi hermana de Versalles, para sepultar en una oscuridad más espesa y más muda aun el terrible secreto que nos deshonraría si se revelase.

— No os propondré más que una sola cuestión. Felipe se impacientó.

— Escuchadme, prosiguió el doctor con un gesto que reclamaba la calma, escuchadme. Un filósofo cristiano á quien acabáis de convertir en un confesor, está obligado á imponeros, no una condición en premio del servicio que presta, sino en virtud del derecho de conciencia. La humanidad es un deber, caballero, y no una virtud; me habláis de matar á un hombre, y yo debo impedirlo, del mismo modo que hubiera impedido por cuantos medios hubiesen estado en mi poder, hasta por la violencia, la ejecución del crimen cometido contra vuestra hermana. De consiguiente, os pido que me hagáis un juramento.

— ¡ Oh! jamás! jamás!

— Lo haréis, exclamó el doctor Luis con vehemencia; lo haréis, hombre sangriento; reconoced que la mano de Dios está en todas partes, y no falseis nunca el golpe que descarga ni su alcance. ¿ Decís que el culpable estaba en vuestras manos?

— Sí, doctor, si hubiese podido adivinar que estaba allí, con abrir una puerta, me hubiera hallado cara á cara con él.

— Pues bien, cuando huye es señal de que tiembla y empieza á padecer. ¡ Ah! ¿ os sonreís? ¿ os parece débil lo que hace Dios? ¿ os parece insuficiente el remordimiento? ¡ Esperad, esperad, pues! Permaneceréis al lado de vuestra hermana, me prometeréis que nunca perseguiréis al criminal, y si le encontráis, es decir, si Dios os lo entrega, también soy yo hombre, ¡ y ya veréis!

— ¿ Os burláis, caballero? Pues qué, ¿ no huirá de mí siempre?

— ¡ Quién sabe, Dios mío! También huye el asesino; también busca dónde esconderse; también teme el cadalso, y sin embargo, como si la vara de la justicia tuviese imán, atrae á ese delincuente, y va á doblar el cuello bajo la mano del verdugo. Por otra parte, ¿ se trata al presente de deshacer lo que habéis empezado á realizar con tanto trabajo? Si matáis á ese hombre por la clase á que pertenecéis y á la que no podéis explicar la inocencia de vuestra hermana, ó por una satisfacción á ciertos hombres tan curiosos como holgazanes, saciáis dos veces su curiosidad, primero con la confesión del atentado, y después con el escándalo del castigo. No, no, creedme; guardad silencio y ocultad esa desgracia.

— ¡ Oh! ¿ quién sabrá cuando mate á ese miserable que ha sido por mi hermana?

— Siempre será preciso buscar una causa que justifique ese castigo.

— Pues bien, corriente, doctor; obedeceré y no perseguiré al culpable, pero Dios será justo, ¡ Oh ! si, Dios emplea la impunidad como un cebo y me enviará el delincuente.

— Entonces será porque Dios le haya condenado. Dadme la mano, caballero.

— Tomadla.

— ¿ Qué es preciso hacer por la señorita de Taverney ?

— Será necesario, querido doctor, buscar un pretexto para alejarla por algún tiempo del lado de la señora Delfina : el sentimiento de haber dejado nuestro país, los aires, el régimen debido....

— Eso es fácil.

— Sí, es cosa vuestra, y á vos os lo encargo. Entonces conduciré á mi hermana á un rincón cualquiera de Francia, á Taverney, por ejemplo, lejos de todos los ojos y de todas las sospechas.

— No, no, caballero, eso sería imposible : la pobre niña necesita que la cuiden incansablemente y que tenga á su lado personas que la consuelen ; además de que le harán falta los auxilios de la ciencia. Dejad, pues, que le proporcione cerca de aquí, en un distrito que yo conozco, un albergue cien veces más escondido y seguro que lo sería el inculto país á que vos queréis llevarla.

— ¡ Oh ! doctor, ¿ lo creéis así ?

— Sí, lo creo, y con razón. La sospecha tiende siempre á alejarse de los puntos céntricos, á la manera de los círculos causados por una piedra que se tira en el agua ; sin embargo, la piedra no se aleja, y cuando las ondulaciones se han borrado, nadie averigua la causa, sepultada como se halla en lo profundo del agua.

— Entonces, doctor, manos á la obra.

— Desde hoy mismo, caballero.

— Prevenid á la señora Delfina.

— Al momento.

— ¿ Y con respecto á lo demás

— Dentro de veinticuatro horas recibiréis la respuesta.

— Oh ! gracias, gracias, doctor ! sois un Dios para mí.

— Pues bien, joven, ahora que todo está arreglado, entre nosotros, cumplid vuestro encargo, volved al lado de vuestra hermana, consoladla y protegédla.

— Adiós, doctor, adiós.

Y el doctor, después de seguir á Felipe con la vista hasta que desapareció, continuó su paseo, la lectura de pruebas y la limpia del jardín.